

dísima, y quede á mi cargo el riesgo para que corra todo por mi cuenta.»

CAPITULO VI.

Salte bien con el hurto Guzmán de Alfarache, dale á Aguilera lo que le toca, y vase á Jénova con su criado Sayavedra.

La esperanza, como efectivamente no dice posesion alguna, siempre trae los ánimos inquietos y atribulados, con temor de alcanzar lo que se desea. Sola ella es el consuelo de los afligidos y puerto donde se ferran; porque resulta della una sombra de seguridad con que se favorecen los trabajos de tardanza. Y como con la segura y cierta se dilatan los corazones, teniendo firmeza en lo porvenir, así no hay pena que mas atormente que si se ve perdida, y muy poquito menos cuando se tarda. ¿Cuántos y cuán varios pensamientos debieron de tener mis dos encomendados en este breve tiempo? Que como ni les di mas luz y los dejé con la miel en la boca, debieron de vacilar y dar con la imaginacion mas trazas que tiene un mapa, unos por una parte y otros por la otra. Cuáles andarían y con qué cuidado, deseando los fines prometidos, que no se les debieron de hacer poco dudosos. Ya cuando vieron amanecer el sol del día, dellos tan deseado, y de mí no menos, y Aguilera me trujo el libro borrador que le pedi, busqué una hoja de atrás donde hubiese memorias de ocho días antes, y en un blanco que hallé bien acomodado puse lo siguiente: dejéme á guardar don Juan Osorio tres mil escudos de oro en oro, los diez de á diez, y los mas de á dos y de á cuatro. Mas: me dejó dos mil reales en reales. Luego pasé unas rayas por cima de lo escrito; y á la margen escribí de otra letra diferente: «llevólos, llevólos.» Con esto cerramos nuestro libro y diselo. Mas le di diez doblones de á diez, y díjele: «que abriendo el escritorio sacase ciento del gato, y metiese aquellos en su lugar.» Dile mas, dos verbetes, uno en que decía: «estos tres mil escudos en oro son de don Juan Osorio, y el otro: aquí están dos mil reales de don Juan Osorio su dueño.» Advertíle que si dentro del gato hubiese algun otro verbeta, lo sacase y dejase solo el mio. Y el de los dos mil reales lo metiese dentro de un talego, en que me dijo haber otros diez y siete mil, poco mas ó menos, que no sabia lo justo, porque cada día se iban echando dineros en él; y que advirtiese que aqúeste de la plata estaba en un arcon de junto el escritorio, y tenia por señas el talego una grande mancha de tinta junto á la boca. Con esto se fué Aguilera, llevando de órden que aquella noche sin falta lo dejase puesto cada cosa en su lugar, segun se lo habia dicho.

El siguiente día, después de comer, me fuí á la tienda del mercader muy disimulado, mi criado detrás, nuestro paso á paso. Cuando allá llegamos y él me vió, se alegró mucho, creyendo que ya le llevaba lo que le vine á pedir. Conformidad teníamos ambos en engañar, mas eran muy diferentes de las mias las trazas que él habia de tener pensadas. Cuando nos hubimos ya saludado le dije: «aqueste criado vendrá por la mañana con un talego y un papel mio, mande vuesa merced que se le dé todo buen despacho.» El hombre, como debía de ir mas caballero en su malicia que receloso de la mia, creyó que le decía que por la mañana le llevarian el dinero, y díjome: «todo se hará como vuesa merced lo manda.» Salíme por la puerta afuera, y á menos de á veinte pasos andados dí la vuelta, y díjele: «después que de aquí salí, se me ha ofrecido al pensamiento, que importa llevar luego ese dinero para cierto efecto, mándemelo dar vuesa merced.» El hombre se alteró, y dijo: «¿qué dinero es el que vuesa merced manda que dé?» Y díjele: «todo, señor, todo; porque todo lo he menester.» El entonces dijo: «cuál todo tengo de dar?» Volvíle á decir: «el oro y la plata.—¿Qué oro y plata?» me respondió; y respondióle: «la plata y oro que vuesa merced acá tiene mio.—¿Yo de vuesa merced oro

ni plata? (me dijo). Ni tengo plata ni oro, ni sé lo que me dice.—¿Cómo no sé lo que me digo? le respondi alborotado: bueno es eso por mi vida.—Mejor es esotro, dijo él, pedirme lo que no me dió ni tengo suyo.—Mire vuesa merced lo que dice, le volví á decir, que para burlas bastan, y son estas muy pesadas para quien le falta gusto.—Eso está bueno, me dijo, las de vuesa merced lo son; váyase vuesa merced enhorabuena, suplicole.—¿Que me vaya, dice? Antes no deseo ya otra cosa: mándeme vuesa merced aqúese dinero.—¿Cuál dinero tengo yo de vuesa merced que me pide, para que se lo dé?—Pidolé, dije, los escudos y reales que le dejé á guardar el día pasado.—Vuesa merced, me respondió, nunca me dejó escudos ni reales, ni tal tengo suyo.» Y díjele: «pues acaba vuesa merced en este momento de decirme delante de todos estos caballeros, cuando le dije que vendria mañana mi criado por ellos, que se daría, y agora que vuelvo yo me lo niega en un momento.—Yo no niego á vuesa merced nada, me dijo, porque no tengo recibido algo que poder volver.—Yo le truje á vuesa merced habra ocho días mi hacienda, le dije, y se la di que me la guardase, y la tiene recibida, mándemela luego dar, porque no es mi voluntad tenerla mas un momento en su poder.—En mi poder no tengo un cuatrín de vuesa merced; váyase con Dios, no sea el diablo que nos engañe á todos.—A mi fué á quien ya engañó en darle á vuesa merced mi hacienda; y con una cólera encendida que parecia echar fuego por todo el rostro, dije: «¿qué quiere decir no darme mi dinero? Aquí me lo ha de dar luego de contado sin faltar un cuatrín, ó mire cómo ha de ser.» Mostróse tan turbado y temeroso, viéndome tan colérico y resuelto, que no supo qué responder; y como sonriéndose, haciendo burla de mis palabras, decía que me fuese con Dios ó con la maldicion que ni me conocia, ni sabia quién era, ni cómo me llamaba, ni qué le pedia.—¿Agora no me conoce, ni sabe quién soy, para levantarse con mi hacienda? Pues aun tiene justicia Milán, que me hará pagar en breve tres piés á la francesa.» El hombre mas negaba, diciendo andar yo errado, que podria ser haberlo dado á guardar en otra parte, porque ni tenia dinero mio, ni me lo debía, no obstante ser verdad que yo le dije que se lo quise dar á guardar; empero que no habia vuelto con él, que me fuese á quejar á la justicia enhorabuena, y si algo me debiese, que llano estaba para pagármelo. Con esta resolucion largué los pliegues á la boca, lanzando por ella espuma, y á grandes gritos dije: «¡oh traidor, falso! Justicia del cielo y de la tierra vengá sobre tí, mal hombre: ¿así me quieres quitar mi hacienda delante de los ojos, dejándome perdido? La vida me has de dar ó mi dinero. Vengan aquí luego mis tres mil escudos, digo: no ha de aprovecharos el negarlo, que os los tengo que sacar del alma ó me los habeis de poner en tabla, en oro y plata, como de mí lo recibistes.»

Alborotóse la casa y los que allí habian estado presentes al caso desde el principio. Juntóse con ellos de los que pasaban por la calle y de otros vecinos tanto número de gente, llamándose con el alboroto los unos á los otros, que ya nos ahogaban y no nos entendiamos. Andábase preguntando todos, qué voces eran ó sobre qué reñiamos. Aquí y allí lo contaban cierto y cada uno de su manera, y nosotros allá dentro, que nos hundiamos con la reyerta. En esto llegó un bargello, que es como alguacil en Castilla, pero no trae vara, y haciendo lugar por medio de la gente, llegó donde estábamos que ya nos ardiámos. Yo cuando vi justicia presente (aunque no sabia quién fuese, mas de ser justicia) vi mi pleito hecho, y dije luego: «señores, ya vuestas mercedes han visto lo que aquí ha pasado, y de la manera que aqúeste mal hombre me niega mi hacienda; su mismo criado diga la verdad, y si lo negaren, digalo su mismo libro donde se hallará escrito lo que de mí recibí y en qué partidas, de la manera

que se las entregué, para que se nos conozca bien quién es cada uno, y cuál dice verdad. ¿Yo habia de pedir lo que no le di? Dentro de un gato suyo metió en aquel escritorio tres mil escudos de á dos y de á cuatro, y por señas mas verdaderas y ciertas, hay entre medias diez escudos de á diez, que todos hacen los tres mil al justo. Y en un talego que puso á guardar dentro de aquel arca, en que me dijo que habia entonces hasta diez y siete mil reales, pocos mas ó menos con los míos, metió los dos mil que le di. Si no fuere como lo digo, que se quede con ello, y me quiten la cabeza como á traidor; con tal que luego se averigüe todo en presencia de vuestas mercedes, antes que tenga lugar de poderlo trasponer en otra parte.» Y señalando al bargello, dije: «véalo vuesa merced, véalo, y vea quién trata falsedad y engaño.» El mercader dijo entonces: «yo lo consento; tráiganse mis libros, véanse todos, y cuanto dinero tengo en toda mi casa; y si así tal pareciere, yo quiero confesar que dice verdad y ser el que miento.» Los que presentes habia, dijeron: «acabado es el pleito, justificados están, la verdad se verá bien clara y presto en lo que ambos dicen.» El mercader mandó á su cajero sacase su libro mayor, y cuando lo trujo, dije: «¡oh traidor! no está en ese libro, sino en el manual.» Pidió el manual de la caja, y cuando lo vi volví á decir: «no, no; no son aquí menester tantos enredos, engañándonos con libros, que no digo esos, no hay para que roncar; en el que se asentaron las partidas no es tan grande, un libro es angosto y largo.» Entonces dijo Aguilera: «en el de memorias debe de querer decir, segun da señas dél, que no hay otro en esta casa de aquella manera, y sacándolo allí, dijo: «¿es por ventura este?—Este sí, este sí, él es; véase lo que digo; no hay para que esconderlo ni encubrirlo; aquí se hallará la verdad. Anduvieron hojeando un poco, y cuando reconocí las partidas y letra, dije: «vuestas mercedes vean lo que aquí dice, lean estas partidas que me tiene testadas y adicionadas á la margen; pues no le ha de valer tampoco por ahí, que mi dinero me tiene de dar.»

Vieron todos las partidas, y ser como yo decía; y el mercader estaba tan loco, que no sabia qué decir, mas de jurar mil juramentos, que tal no sabia cómo ni quién lo hubiera escrito. Yo les dije: «yo mismo lo escribí, mi letra es; pero la del margen es diferente y falsamente puesto y testadas, que no me han vuelto nada, y en aquel escritorio, si no lo ha sacado, allí están mis escudos.» Hacia unos extremos como un loco furioso; de manera, que creyeron ser sin duda verdad cuanto decía; y procurándome sosegar, decían, que me apaciguase, que no importaba estar testadas las partidas ni escrito á la margen habérmelos vuelto, si en lo demás dado segun lo decía. Díjeles luego: «¿qué mayor verdad, ó qué mayor verdad mia, ó qué mayor indicio de su malicia puede haber, que decir poco ha que no le habia dado blanca y hallarlo aquí escrito, aunque testado? Si lo recibí, ¿por qué lo niega? Y si no lo recibí, ¿cómo está escrito aquí? Abrase aquel escritorio, que dentro estarán mis doblones, y los diez de á diez entre medias dellos.» Porfiaba el mercader y deshaciase, diciendo con varios juramentos y obsecraciones, que todo era maldad, y que se lo levantaba; porque doblones de á diez, uno ni mas habia en toda su casa. Tanto porfiaron, y el bargello tanto instó en que diese las llaves del escritorio, porque las resistia no queriéndolas dar, que le juró, si no se las diese, que se lo sacaría de casa, hasta dar noticia de todo al capitán de justicia (que allí es como en Castilla un corregidor), para que depositado se supiese la verdad. Finalmente las dió, y en abriéndolo, dije: «allí, en aquella gaveta, los metió en un gato pardo rodado.» Abrieron la gaveta y sacaron el gato; y queriendo contar el dinero para ver si estaba justo, salió el verbeta, y dijo: «lean ese papel, que ahí dirá lo que hay dentro y cuyo es.» Leyéronlo, y decía ser de don Juan Osorio.

rio. Contáronlo, y hallaron justos los tres mil escudos con los diez de á diez que yo decía.

Ya en este punto quedó el mercader absolutamente rematado, sin saber qué decir ni alegar, pareciéndole obra del demonio, porque hombre humano era imposible haberlo hecho; demás, que si yo tuve mano para ponerse allí, con mayor facilidad se los pudiera, sin esto, haber llevado. Estaba sin juicio, y daba gritos que todo era mentira; que se lo levantaban; que aquel dinero era suyo y no ajeno; que si el diablo no puso allí aquellos doblones, que no los puso él; que me prendiesen, porque tenia familiar. Yo decía: «préndanme muy enhorabuena, con tal que me deis mi dinero.» Dábale terribles voces, diciéndole: «¡ah engañador! ¿aun teneis lengua para hablar, viéndose la maldad tan evidente? Abran aquel arcon, que allí está la plata y dentro la puso.—No hay tal, decía él, que la plata que allí hay toda es mia, y lo son los tres mil escudos.—¿Cómo son vuestros, le dije, si acabais de confesar que no teniades doblones de á diez? Que Dios ha permitido que se os olvidase de haberlos recibido, para que yo no perdiese mi hacienda. El que ha de negar lo ajeno, ha de mirar lo que dice. Cuando aquí llegué me dijistes delante de aquestos caballeros que mañana me daríades mi hacienda, y luego que os la volví á pedir, delante dellos mismos me la negastes. Abrase aquel arca, sáquese todo, sepase quién es cada uno y cómo vive.»

Abrieron el arca, y cuando vi el talego, aunque habia otros con él de mas y menos dineros, largando el brazo lo señalé con el dedo. «Ese de la mancha negra es.» En resolucion se halló verdad cuanto les habia dicho; y mas quedaron certificados, cuando trastornando aquel talego para contar los dineros, hallaron el otro verbeta que decía estar allí míos dos mil reales. Y gritaba: «mal hombre, mal tratante, enemigo de Dios, falso de verdad y de conciencia, ¿y cómo si teniades mis dineros de la manera que todo el mundo lo ha visto y sabe, me horrábades lo escrito? ¿Cómo decíades que nada os habia dado? ¿Cómo que no me conociades ni sabíades quién era ni cómo me llamaba? Ya ¿qué teneis que alegar? ¿Teneis mas falsedades y mentiras que decir? ¿Veis cómo Dios nuestro Señor ha permitido que os hayais tanto cegado, que ambos verbetes no tuvistes entendimiento para quitarlos ni esconder la moneda? ¿Veis cómo ha vuelto su divina Majestad por mi mucha inocencia y sencillez con que os di á guardar mi hacienda, creyendo que siempre me la daríades, y que quien me aconsejó que os la diese debió de ser otro tal como vos, y echadizo vuestro para quedaros con ella?» Cuantos estaban presentes quedaron con esto que vieron y oyeron tan admirados, cuanto enfadados de ver semejante bellaquería, satisfechos de que yo tenia razon y justicia. Eran en mi favor la voz comun, las evidencias y esperiencias vistas, su mala fama sobre todo, y decían todos: «mirad si habia de hacer de las suyas; no es nuevo en el bellaco logrero robar haciendas ajenas; ¿no veis cómo á este pobre caballero se le queria levantar con lo que le dió en confianza? Que si no fuera por su buena diligencia, para siempre se le quedara con ello.»

El mercader, que á sus oídos oia estas y otras peores palabras, no tenia tantas bocas ó lenguas para poder satisfacer con ellas á tantos, ni era posible abonarse. Quedó tal, que ni sabia si soñaba ó si estaba despierto. Paréceme agora que se pellizcaba las manos y los brazos para recordar, ó que le pasaria por la imaginacion si habia perdido las dos potencias, entendimiento y memoria, y le quedara la sola voluntad, segun lo que habia pasado. El, como dije, tenia mal nombre, que para mi negocio estaba probado la mitad; y aquesto tienen siempre contra sí los que mal viven: pocos indicios bastan, y la hacen plena. Con esto y con lo que juraron los que allí estaban de los primeros, que pidiéndole yo mi dinero, dijo que otro día me lo daría, ó á mi criado, y como luego que volví por

él me lo negó. Su criado juró cómo llegó á su tienda, y en su presencia le rogué que me guardase tres mil escudos; pero que no sabia si se los di, que á lo escrito se remitía, porque muchas veces faltaba de la tienda, y no sabia mas de lo dicho. Mi criado juró su verdad, que por su mano los habia contado y entregado al mercader en presencia de otros hombres, que no sabia quién eran, porque como forasteros no los conoció. Y con la evidencia cierta de todo cuanto dije, y ver testadas las partidas, estar la moneda señalada, tener cada talego su verbete de cuyo era, confirmó los ánimos en mi favor, volviéndose contra él, sin dejarle dar disculpa ni querérsela oír, ni él tenía espíritu para hablar; porque con su mucha edad y ver una cosa tan espantosa, que no acababa de sospechar qué fuese, le quedó tan robado el color, como si estuviera defunto, quedando desmayado por mucho espacio. Ya creyeron ser fallecido, mas volvió en sí como embelesado, y tal, que ya me daba lástima; empero consolábame, que si se finara, me hiciera menos falta que su dinero. No hubo persona de cuantos allí se hallaron, que no dijese que se me diesen mis dineros. Yo, como sabia que no bastaba decirlo el vulgo para dármelos, que solo el juez era parte para poderme adjudicar, prevenime de cautela para lo de adelante, y cuando todos á voces decían: «suyo es el dinero, denseslo, denseslo,» respondía yo: «no lo quiero, no lo quiero; depositense, depositense.» Con esta mayor justificación el bargello, que allí se halló presente, sacó el dinero de mal poder, y lo puso depositado en un vecino abonado. De donde, con poco pleito, en breves días me lo entregaron por sentencia; quedándose mi mercader sin ellos, y condenado en costas, demás de la infamia general que le quedó del caso.

Después que vi tanto dinero en estas pobres y pecadoras manos, me acordé muchas veces del hurto que Sayavedra me hizo, que aunque no fué tan poco, que para mí no me hubiera hecho grande falta, si aquello no me sucediera, tampoco lo conociera ni con este hurto arribara; consolábame diciendo: *si me quebré la pierna, quizá por mejor; del mal el menos*, á todos nos vino bien; pues yo de allí adelante quedé con crédito y hacienda mas de lo que me pudieron quitar; Sayavedra quedó remediado, y Aguilera remediado. Llevé á mi casa mis dineros con todo el regocijo que podeis pensar, guardélo y arropélo, porque no se arromadizase; y con ser esto así, aun mi criado no lo acababa de creer ni tocándole con las manos. Parecíale todo sueño y no posible haber salido con ello; santiguábase con ambas manos de mí; porque aunque, cuando en Roma me conoció, supo mi vida y tratos, teniéndome por de sutil ingenio, no se le alcanzó que pudiera ser tanto, y que las mataba él en el aire, pudiendo ser muchos años mi maestro y aun tenerme seis por su aprendiz. Entonces le dije: «amigo Sayavedra, esta es la verdadera ciencia; hurtar sin peligrar, y bien medrar, que la que por el camino me habeis predicado, ha sido alcorán de Mahoma: hurtar una saya y recibir cien azotes, quien quiera se lo sabe; *mas es la data que el cargo*; donde yo anduviere, bien podrán los de vuestro tamaño bajar el estandarte. De allí á dos días vino Aguilera por su parte una noche, aunque si no fuera por Sayavedra, yo hiciera con boda y bodigos el alto de Velez; mas porque no me tuviese sobre ojos en mala reputación y quedase con algun mal concepto de mí, diciendo que quien mal trato usa con otro, también lo usaria con él, no quise por lo menos aventurar lo mas. Dijonos que su amo estaba muriéndose del enojo, loco de imaginar cómo pudo ser aquello, y aun le pasó por la imaginación no ser otra cosa que obra del demonio.

Descontéle cien escudos de los que habia recibido ya de su mano, por los diez doblones, y dile lo que al justo le cupo, conforme al concierto. Después acometí á darle

á Sayavedra su parte, con la de la ganancia de los quinientos escudos, y dijo, que allí lo tenía cierto para cuando lo hubiese menester; que pues él no tenía dónde, lo guardase yo hasta mejor comodidad. Estuvimos en Milán otros diez ó doce días; aunque siempre como asombrados y temerosos; por lo cual fuimos de acuerdo salir para Jénova, no dando nunca cuenta de nuestro viaje á persona de las del mundo, ni alguna supo de nuestra boca dónde íbamos, por lo que pudiera suceder. Antes dábamos el nombre para otra parte muy diferente, fabricando negocio á que decíamos importarnos mucho acudir.

Ibame yo paseando por una de las calles de Milán, adonde habia tantas y tan varias cosas y mercaderías, que me tenían suspenso; y acaso vi en una tienda una cadena que vendían á un soldado á mis ojos, la cosa mas bella que jamás vieron. Dióme tanta codicia, que ya por comprarla, si acaso no se concertasen, ó para mandar hacer otra semejante, me llegué á ellos, y estúvela mirando, sin dar á entender mi deseo; y codiciéla tanto, que luego en aquel espacio breve, teniéndola por fina, se me ofreció traza como llevarmela de camino y sin pesadumbre. Atento estuve al concierto, y tan vil era el precio de que se trataba, que creí ser de sola su hechura; mas como no se concertasen, comencé luego mi enredo, preguntando lo que valia y lo que pesaba. El mercader se rió de oírme, y dijo: «señor, esto no se vende á peso, sino así como está, un tanto por toda.» En sola esta palabra conocí ser falsa; y pareciéndome mucha bajeza, por cosa tan poca, gastar almacén y traza, que pudiera después acomodarse mejor en ocasión grave y de importancia; demás, que no se debe arriscar por poco mucho, y si por ventura yo allí segundaba, diera indicios de haber sido embeleco el pasado. Concertéme con él, y paguésele con tanto gusto, como si fuera pieza de valor, y no la estimaba en menos, por lo que con ella interesaba, que se me representó serme de importancia para lo de adelante; y luego acordé hacer otra de oro fino, de la misma hechura y traza.

Fuime á un platero, hizola tal y tan semejante, que puestas ambas en una mano, era imposible juzgarlas, excepto en el sonido y peso, porque la falsa era mas ligera un poco y de sonido campanil, que el oro lo tiene sordo y aplomado. Túvome de toda costa seiscientos y treinta escudos poco mas ó menos, y holgara mas de que fueran mil, que tanto mas me habia de valer la otra. Compré juntamente dos cofrecitos pequeños en que cupiesen al justo, uno para cada una en que llevarlas. Y porque aun todavía todas las coyunturas de mi cuerpo me dolían, pareciéndome tener descansadas las costillas de la noche buena que me dió el señor mi tío, que la tenía escrita en el alma, y aun la tinta no estaba enjuta, viéndome de camino para Jénova, dile á Sayavedra parte de mi pensamiento, no contándole lo pasado, mas de que cuando por allí pasé, siendo niño, me hicieron cierta burla, porque no me vieron en el punto que quisieran para honrarse conmigo. Y en el alma me pesó de haberle dicho aun esto, porque no me hallara en mentira de lo que le habia dicho antes, mas no reparé en ello; díjele juntamente con esto: «si tú, Sayavedra, como te precias, fueras, ya hubieras antes llegado á Jénova y vengado mi agravio; mas forzoso me será hacerlo yo, supliendo tu descuido y faltas. Y porque también será bien cancelar aquella obligación y pagar deudas; porque la buena obra que me hicieron quede con su galardón bien satisfecha; demás, que para desmentir espías, conviene hacer lo que tu hermano y tú hiciste, mudar de vestidos y nombres. — Paréceme muy bien, dijo Sayavedra, y digo, que quiero heredar el tuyo verdadero, con que poderte imitar y servir; desde hoy me llamo Guzmán de Alfarache. — Yo pues, dije, me quiero envestir el propio mío, que de mis padres heredé, y hasta hoy no lo he gozado; porque un don ha de ser del Espíritu Santo, para ser admitido y bien recibido de los otros,

ó ha de venir de línea recta, que los dones que ya ruedan por Italia, todos son infamia y desvergüenza, que no hay hijo de remendon español que no le traiga; y si corre allá como acá, con razon se les pregunta: ¿quién guarda los puercos? Yo me llamo don Juan Guzmán, y con eso me contento.» Entonces dijo Sayavedra con grande alegría: «don Juan de Guzmán, vitor, vitor, vitor; á quien tan buena pantorrilla le hace, tá, que ese sea su nombre. Mal haya el traidor que lo manchare; quien le lo quitare, hijo, la mi maldición le alcance.» Hice sacar lo necesario para un manteo y solana de rico gorguerán, con que salimos nuestro camino de Jénova.

CAPITULO VII.

Llega Guzmán de Alfarache á Jénova, donde conocido de sus deudos, le regalaron mucho.

¶ Largo tiempo conservará la yajija el olor ó sabor con que una vez fuere llena: si el curso del mío, las ocasiones y casos, amor y temor no abrieren los ojos al entendimiento, si con esto no recordare del sueño de los vicios, no me puedo persuadir, que puedan fuerzas humanas; y aunque con estratagemas, trazas y medios pudiera ser alcanzarla, no á lo menos con tanta facilidad, que no sea necesario largo discurso, con que haga su elección el hombre, distinguiendo lo útil de lo dañoso, lo justo de lo injusto, y lo malo de lo bueno. Y ya cuando á este punto llega, anda el negocio de condicion, que quien se quiere ayudar á salir del cenegal, nunca le faltarán buenas inspiraciones del cielo, que favoreciendo los actos de virtud, los esfuerza: con que (conocido el error pasado) empuenden lo presente, y lleguen á la perfección en lo venidero. Mas los brutos que, como el toro, cierran los ojos y bajan la cabeza para dar el golpe, siguiendo su voluntad, pocas veces, tarde ó nunca vendrán en conocimiento de su desventura; porque como ciegos no quieren ver, sordos de lo que no quieren oír, ni que alguno les inquiete su paso, huelgan irse paseando por la senda de su antojo, pareciéndose larga, que no tiene fin, ó que la vida no tiene de acabarse, cuya bienaventuranza consiste solo en aquella idolatría. Son gente de ancha vida, de ancha conciencia, quieren anchuras y nada estrecho. Saben bien que hacen mal, y hacen mal por no hacer bien. Danse para lo que quieren por desentendidos, y no ignoran que se les va gastando la cuerda, estrechándose la salida, y que al cabo hay eternos despeñaderos; mas como vemos á Dios las manos enclavadas y dolorosas, parécenos que se lastimarán mucho cuando quiere lastimarnos. Dicen los tontos entre sí: nada nos duele, salud tenemos, dinero no falta, la casa está proveida, durmamos agora, holguemos lo poco que nos cabe, tiempo hay, no es necesario caminar tan aprieta, quitándonos la vida que Dios nos da. Dilátanla una hora, y pasa un día, pásase otro día, vase la semana, el mes corre, vuela el año, y no llega este cuando; que aun si llegase, bien sería, no llegaría tarde: aquesta es la deuda de quien se dijo, que se cobra en tres pagas, empero págase la pena cuando se nos hace cierta, cruel y presto. ¿Quién considera un logrero, que olvidado de Dios, no piensa que lo hay, sino en aquella vil ganancia? ¿Quién ve un deshonesto, que con aquel torpe apetito adora lo que mas presto aborrece? Y allí busca su gloria, donde conoce su tormento. Un gloton, un soberbio, hijo de Lucifer, mas que Diocleciano cruel, acostumbrado á martirizar inocentes, agravando justos y persiguiendo á los virtuosos. Un murmurador sin provecho, que pensando hacer en sí, deshace á los otros, y escarba la gallina siempre por su mal.

¶ Son los murmuradores como los ladrones fulleros. El hombre honrado, rico y de buena vida, no hurta; porque vive contento con la merced que Dios le ha hecho. Con su hacienda pasa, della come y se sustenta; suelen decir los tales: yo, señor, tengo lo necesario para mí, y aun puedo

dar á otros; hacen honra, diciendo sobrarles que poder dar. El fullero ladrón hurta; porque con aquello pasa: como no lo tiene, trata de quitar á otros, donde quiera que lo halla. Desta manera el noble tiene para sí la honra que ha menester, y aun para poder honrar á otros; y el murmurador se sustenta de la honra de su conocido, quitándole y desquitándose della cuanto puede, porque le parece, que si no hurta de otros, no tiene de donde haberlo para sí. ¡Gran lastima es que crie la mar peces lenguados, y produzga la tierra hombres deslenguados! Pues un hipócrita, de los que dicen que tienen ya dada carta de pago al mundo, y son como los que juegan á la pelota, dan con ella en el suelo de bote, para que se les vuelva luego á la mano y dándoles de voleo, alarguen mas la chaza ó ganen quince.

¶ Desventurados dellos, que haciendo largas oraciones con la boca, con ella se comen las haciendas de los pobres, de las viudas y huérfanos; por lo cual será Dios con ellos en largo juicio. Suele ser el hipócrita como una escopeta, cuando está cargada, que no se sabe lo que tiene dentro, y en llegándole muy poquito fuego, una sola centella, despide una bala que derriba un gigante; así con pequeña ocasion descubre lo que tiene oculto dentro del alma. Derrenegad siempre de unos hombres como unos perales, enjutos, magros, altos y desvaídos, que se les cae la cabeza para fingirse santos; andan encogidos, metidos en un ferretuelo raído, como si anduviesen amortajados en él. Son idiotas de tres altos; y quieren con artificio hacernos creer que saben hurtar cuatro sentencias, de que hacen plato, vendiéndolas por suyas, fingen su justicia por la de Trajano, su santidad de san Pablo, su prudencia de Salomon, su sencillez de san Francisco, y debajo desta capa suele vivir un mal vividor. Traen la cara macilenta, y las obras afeitadas; el vestido estrecho, y ancha la conciencia; un en mí verdad en la boca, y el corazón lleno de mentiras; una caridad pública, y una insaciable avaricia secreta; manifiéstanse ayunos, así de manjares, como de bienes temporales, con una sed tan intensa, que se sorberán la mar y no quedarán hartos; todo dicen serles demasiado, y con todo no se contentan; son como los dátiles, lo dulce afuera, la miel en las palabras y lo duro adentro en el alma. Grandísima lástima se les debe tener, por lo mucho que padecen y lo poco de que gozan, condenándose últimamente por sola una cadauca vanidad en ser acá estimados. De manera, que ni visten á gusto ni comen con él, andan miserables, afligidos, marchitos, sin poder nunca decir que tuvieron una hora de contento, aun hasta las conciencias inquietas y los cuerpos con sobresalto: que si lo que desta manera padecen, como lo hacen por solo el mundo, y lo exterior en él, para solo parecer, lo hicieran por Dios, para mas merecer, y por después no padecer, sin duda que vivirían aun con aquello alegres en esta vida, y alegres irían á gozar de la eterna.

¶ Digamos algo de un testigo falso, cuya pena deja amancillado el pueblo, y á todo es agradable, gustando de su castigo por la gravedad de su delito. ¡Que por seis maravillas haya quien jure seis mil falsedades, y quite seiscientos mil honras ó interés de hacienda, que no son después poderosos á restituir! Y que de la manera que los trabajadores y jornaleros acuden á las plazas deputadas para de allí ser conducidos al trabajo, así acudan ellos á los consistorios y plazas de negocios, á los mismos oficios de los escribanos, á saber lo que se trata, y se ofrezcan á quien los ha menester! No seria esto lo peor, si no los conservasen allí los ministros mismos, para valerse dellos en las ocasiones, y para las causas que les han menester y quieren probar de oficio. No es burla, no encarecimiento, ni miento: testigos falsos halla quien los quiere comprar; en conserva están en las boticas de los escribanos. Váyanlos á buscar en el oficio de N.; ya lo quise decir, mas todos lo conocen. Allí los

hay como pasteles, conforme los buscaren; de á cuatro, de á ocho, de á medio real; empero si el caso es grave, también los hay hechizos, como para banquetes y bodas, de á dos y de á cuatro reales, que depondrán á prueba de mosquete, de ochenta años de conocimiento. Como lo hicieron en cierta probanza de un señor, un vasallo suyo, labrador, de corto entendimiento; el cual habiéndole dicho que dijese tener ochenta años, no entendió bien, y juró tener ochocientos. Y aunque, admirado el escribano de semejante disparate, le advirtió que mirase bien lo que decía, le respondió: «mirá vos cómo escribís, y dejad á cada uno tener los años que quisiere, sin espulgarle la vida.» Después, haciéndose relacion deste testigo, cuando llegaron á la edad, parecióles error del escribano, y quisieronle por ello castigar, mas él se disculpó, diciendo: que cumplió en su oficio en escribir lo que dijo el testigo, que aunque le advirtió dello, se volvió á ratificar, diciendo tener aquella edad, que así lo pusiese. Hicieron los jueces parecer el testigo personalmente, y preguntándole, que por qué había jurado ser de ochocientos años, respondió: «porque así conviene á servicio de Dios y del conde mi señor.» Testigos falsos hay, las plazas están llenas, por dinero se compran, y el que los quisiere de balde, busque parientes encontrados, que por sustentar la pasión, dirá contra toda su generacion; y destes nos libre Dios, que son los que mas nos dañan. ¶

¶ Dejémoslos, y vengamos á los de mi oficio y á la cofradia mas antigua y larga; porque no quiero que digas que tuve para los otros pluma, y me quise quedar en el tintero, pasándome por mi puerta, que á fe que tengo de dar buenas aldabadas en ella, y no quedarme descansando á la sombra ni holgando en la taberna. Un ladrón, ¿qué no hará por hurtar? Digo ladrón á los pobres pecadores como yo, que con los ladrones de bien, con los que arrastran gualdrapas de terciopelo, con los que revisten sus paredes con brocados, y cubren el suelo con oro y seda turquí, con los que nos ahorcan á nosotros no hablo; que somos inferiores dellos, y como los peces, que los grandes comen á los pequeños. Viven sustentados en su reputacion, acreditados con su poder y favorecidos con su adulacion: cuyas fuerzas rompen las horecas, y para quien el espanto no nació, ni galeras fueron fabricadas, excepto el mando en ellas, de quien podría ser que nos acordásemos algo en su lugar, si allá llegásemos, que si llegásemos con el favor de Dios. Vamos agora llevando por delante los que importa, que no se queden los tales como yo y mi criado. No se ha de dar puntada en los que roban la justicia, pues no los hay, ni alguno se sabe; mas por ventura si alguno se ha hecho, ya se lo dijimos en la primera parte. No del regidor, de quien también hablamos, que no es de importancia ni de sustancia su negocio, pues fuera de sus estancos y regaterías todo es niñería. Dirán algunos: tal eres tú como ellos, pues quieres encubrir sus mentiras, engaños y falsedades, que si se preguntase: ¿qué hacienda tiene micer N? dirían: señor, es un honrado regidor. ¿No mas de regidor? ¿Pues cómo come y se sustenta con solo el oficio, que no tiene renta, sustentando tanta casa, criados y caballos? Bueno es eso; bien parece que no lo entendéis; verdad es que no tiene renta, pero tiene renteros, y ninguno lo puede ser sin su licencia, pagándole un tanto por ello, lo cual se le ha de bajar de la renta que pone, rematándose por mucho menos. ¿Por qué no dices lo que sabes desto? Y que si alguno se atreve á hablar ó pujar contra su voluntad lo hacen callar á coces, y no lo dejarán vivir en el mundo, porque como poderosos luego les buscan la paja en el oído, y á diestro y á siniestro dan con ellos en el suelo. Y que son como las ventosas, que donde sienten que hay en que asir, se hacen fuertes y chupan hasta sacar la sustancia, sin que haya quien de allí las quite, hasta que ya están llenas. ¿Di, cómo nadie lo castiga? Por-

que á los que tratan dello les acontece lo que á las ollas que ponen llenas de agua encima del fuego; que apenas las calientan, cuando reboza el agua por encima, y mata la lumbre. ¿Haslo entendido bien? O porque tienen ángel de guarda que los libra en todos los trabajos del percutiente. ¶

¶ Di también, pues no lo dijiste, que si á los tales después de ahorcados les hiciesen las causas, dirían contra ellos aquellos mismos que andan á su lado, y agora con el miedo comen y callan. Di sin rebozo, que por comer ellos de balde ó barato, carga sobre los pobres aquello, y se les vende lo peor y mas caro. Acaba ya, di en resolucion, que son como tú y de mayor daño, que tú dañas una casa, y ellos toda la república. ¡Oh qué gentil consejo que me das! Ese, amigo mio, tómallo para ti. ¿Quieres por ventura sacar las brasas con la mano del gato? Dilo tú, si lo sabes, que lo que yo supe ya lo dije, y no quiero que conmigo hagan lo que dices que con los otros hacen. Basta que contra la decencia de su calidad y mayoría me alargue mas de lo licito, sin que de nuevo quieras obligarme á espulgarles las vidas, no siendo de provecho. Si acá en Italia corre de aqueza manera, gracias á Dios que me voy á España, donde no se trata de semejante latrocinio. ¶

¶ Bien sé yo cómo se pudiera todo remediar con mucha facilidad, en aumento y de consentimiento de la república, en servicio de Dios y de sus príncipes; mas ¿heme yo de andar tras ellos dando memoriales, y cuando mas y mejor tenga entablado el negocio, llegue de través el señor don Fulano, y diga ser disparate, porque le tocan las generales, y dé con su poder por el suelo con mi pobreza? Mas me quiero ir al amor del agua lo poco que me queda. Por decir verdades me tienen arrinconado; por dar consejos me llaman pícaro y me los despide; allá se lo hayan, caminemos con ellos como lo hicieron los pasados, y rueguen á Dios los videros que no se les empoere. Diré aquí solamente que hay, sin comparacion, mayor número de ladrones que de médicos. Y que no hay para qué ninguno se haga santo, escandalizándose de oír mentar el nombre de ladrón, haciéndole ascos y deshombrándolos hasta que se pregunte á sí mismo, por aquí ó por allí, qué ha hurtado en esta vida; y para esto sepa que hurtar no es otro que tener la cosa contra la voluntad ajena de su dueño. No se me da mas que ya no lo sepa, como que lo dé con su mano, si es por mas no poder, ó por allí redimir la vejacion. Comencélo desde la niñez, aunque no siempre lo usé; fui como el árbol cortado por el pie, que siempre deja raíces vivas, de donde, á cabo de largos años, acontece salir una nueva planta con el mismo fruto. Ya presto vereis cómo me vuelvo á hacer mis buñuelos. El tiempo que dejé de hurtar estuve violentado, fuera de mi centro con el buen trato; agora doy al malo la vuelta. Cuando muchacho estaba curtido y cursado en alzar con facilidad y buena maña cualquiera cosa mal puesta: después, ya hombre, á los principios me parecía estar gotoso de los pies y manos, torpe y mal diestro, mas en breve volví en mis carnes. Continuélo de manera, preciábase dello tanto, como de sus armas el buen soldado, y el jinete de su caballo y jaeces. Cuando habia dudas, yo las resolvía; si se buscaban trazas, yo las daba; en los casos graves yo presidia. Oíanse mis consejos como respuestas de un óraculo, sin haber quien á mis preceptos contradijese, ni á mis órdenes replicase. Andaban tras de mí mas practicantes que suelen acudir al hospital de Zaragoza ni en Guadalupe. Usábalo á tiempo y con intermitencias, como fiebres, porque cuando todo me faltaba, esto me habia de sobrar; en la bolsa me lo hallaba como si lo tuviera colgado del cuello en la cadenita del embajador mi señor, que aun la escapé de peligro mucho tiempo. Era tan propio en mí como el risible, y aun casi quisiera decir era indeleble, como carácter, segun estaba impreso

en el alma. Pero cuando no lo ejercitaba, no por eso faltaba la buena voluntad, que tuve siempre pronta. ¶

Salimos de Milán yo y Sayavedra, bien abrigados y mejor acomodados de lo necesario, que cualquiera me juzgara por hombre rico y de buenas prendas. Mas cuántos hay que podrían decir: *comé mangas, que á vosotras es la fiesta*; tal juzgan á cada uno, como lo ven tratado. Si fueres un Ciceron mal vestido serás mal Ciceron, menospreciarante, y aun juzgarante loco: que no hay otra cordura ni otra ciencia en el mundo, sino mucho tener y mas tener; lo que aquesto no fuere, no corre. No te darán silla ni lado cuando te vieren desplumado, aunque te vean revestido de virtudes y ciencia, ni se hace ya caso de los tales. Empero si bien representares, aunque seas un muladar, como estés cubierto de yerba, se vendrán á recrear en tí. No lo sintió así Cátulo, cuando viendo á Nonio en su carro triunfal, dijo: ¿á qué muladar llevais ese carro de basura? Dando á entender que no hacen las dignidades á los viciosos; pero ya no hay Cátulos, aunque son muchos Nonios. Cuando fueres alquimia, eso que reluciere de tí, eso será venerado. Ya no se juzgan almas, ni mas de aquello que ven los ojos. Ninguno se pone á considerar lo que sabes, sino lo que tienes; no tu virtud, sino la de tu bolsa; y de tu bolsa, no lo que tiene, sino lo que gastas.

Yo iba bien apercebido, bien vestido, y la enjundia de cuatro dedos en alto. Cuando á Jénova llegué, no sabian en la posada qué fiesta hacerme, ni con qué regalarme. Acordéme de mi entrada, la primera que hice, y cuán diferente fui recibido, y cómo de allí salí entonces con la cruz acuestas, y agora me reciben las capas por el suelo. Apeámonos, diéronme de comer, estuve aquel día reposando, y otro por la mañana me vestí á lo romano, de manto y sotana, con que salí á pasear el pueblo. Mirábanme todos como á forastero, y no de mal tallo; preguntábanle á mi criado que quién era. Respondia, que don Juan de Guzmán, un caballero sevillano; y cuando yo lo oia hablar, estirábase mas de pescuezo, y cupiérame diez libras mas de pan en el vientre, segun se me aventaba. Decíales que venia de Roma; preguntábanle si era muy rico, porque me vian llegar allí muy diferente que otros. Porque los que van á la corte romana y á otras de otros príncipes, acostumbrar ser como los que van á la guerra, que todo les parece llevarlo negociado y hecho, con lo cual suelen alargarse á gastar por los caminos, y en la corte misma, hasta que la corte les deja de tal corte, que todo su vestido lo parece de calzas viejas. Después vuelven cansados, desgustados y necesitados, casi pidiendo limosna. Pasan gallardos, y como los atunes gordos, muchos y llenos; mas después que desovan, vuelven pocos, flacos y de poco provecho. Preguntábanle también, si habia de residir allí algunos dias, ó si venia de paso: á todo respondia que era hijo de una señora viuda rica, mujer que habia sido de cierto jinovés, y que habia venido allí á esperar unas letras y despachos para volverse otra vez á Roma; y en el interin gustaba de ver á Jénova, porque no sabia cuándo seria su vuelta ó por dónde, ni si tendria tiempo de poderla volver á ver.

Era la posada de las mejores de la ciudad, y adonde acudian de ordinario gente principal y noble; allí estuvimos holgando y gastando, sin besar ni tocar en cosa de provecho; empero con estar parados ganábamos mucha tierra; no está siempre dando el reloj, que su hora hace, y poco á poco aguarda su tiempo. Algunas veces los huéspedes y yo jugábamos de poco, sin valerme de mas que de mi fortuna y ciencia, sin ser necesario la terciera de Sayavedra, que aquello no solia salir sino con el terno rico á fiestas dobles; que cuando la pérdida ó ganancia no habia de ser de mucha consideracion, era muy acertado andar sencillo; empero deste modo, iba continuamente con pié de plomo, conociendo el naípe; si no me daba y acudia mas,

dejábalo con poca pérdida; mas cuando venia con viento favorable, nunca dejé de seguir la ganancia hasta barrerlo todo. Como ganase un dia poco mas de cien escudos, y hubiese halládose á mi lado un capitán de galera, de quien sentia haberse aficionado á mi juego y holgádose de la ganancia, y que no andaba tan sobrado, que se hallase libre de necesidad, volví la mano, dile seis doblones de á dos, que seis mil se le hicieron en aquella coyuntura. Tiempos hay que un real vale ciento y hace provecho de mil. Quédome tan reconocido, cual si la gracia hubiera sido mayor ó de mas momento. Sucedióme muy bien, porque desde que dél entendí á lo cierto su dolencia, se me representó mi remedio, y hallé haber sido aguja, de que habia de sacar una raja. Mi hacienda bice; de balde compra quien compra lo que ha menester. A los mas de la redonda también repartí algunos escudos, por dejarlos á mi devocion y contentos á todos. Con lo cual, viéndome afable, franco y dadivoso, me acredité de manera que les compré los corazones, ganándoles los ánimos, *que quien bien siembra bien coge*. Yo aseguro que cualquiera, de todos cuantos conmigo trataban, pusiera su persona en cualquier peligro para defensa de la mia, y quedaba yo tan ufano, tan lijera la sangre y dulce, que se me rasaban los ojos de alegría. Este capitán se llamaba Favelo, no porque aqueste fuese su nombre propio, sino por habérselo puesto cierta dama, que un tiempo sirvió, y siempre lo quiso conservar en su memoria, de su hermosura y malogramiento, cuya historia me contó. De la manera con que della fué regalado, su discrecion, su bizarría: todo lo cual, con el cebo de falsas apariencias, quedó sepultado en un desesperado tormento de celos, necesidad y brutal trato.

Nunca de allí adelante dejó mi amistad y lado; supliqué se sirviese de mi persona y mesa, y aunque aquesta no le faltaba, lo acetó por mi solo gusto. Siempre lo procuré conservar y obligar; llevábame á su galera, traíame festejando por la marina, cultivándose tanto nuestro trato y amistad, que si la mia fuera en seguimiento de la virtud, allí habia hallado puerto; mas todo yo era embeleco, siempre hice zanja firme para levantar cualquier edificio; comunicámonos muy particulares casos y secretos, empero que de la camisa no pasasen adentro; porque los del alma, solo Sayavedra era dueño dellos. Acá entre nosotros corrían cosas de amores, el paseo que di, el favor que me dió, la vez que le hablé, y cosas á estas semejantes, que no llegasen á fuego; que no los amigos todos lo han de saber todo: *los llamados han de ser muchos, los escogidos pocos*, y uno solo otro yo. Era este Favelo de muy buena gracia, discreto, valiente, sufrido y muy bizarro, prendas dignas de un valeroso capitán, soldado de amor, y por quien siempre padeció pobreza; que nunca prendas buenas dejaron de ser acompañadas della. Yo como sabia su necesidad, por todas vias deseaba remediársela y rendirlo. Tan buena maña me di con él y los mas que traté, que á todos los hacia venir á la mano, y á pocos dias creció mi nombre y crédito tanto, que con él pudiera ballar en la ciudad cualquiera cortesía.

Con esto por una parte, mis deseos antiguos de saber de mí, por no morir con aquel dolor, habiendo andado por aquellas partes, en especial considerando que con las buenas mias y las de la persona, pudiera quien se fuera tenerse por honrado emparentando conmigo, y los de perversa venganza que me traían inquieto; á pocas vueltas hallé padre y madre, y conocí todo mi linaje. Los que antes me apedrearon ya lo hacian quistion, sobre cuál me habia de llevar á su casa primero, haciéndome mayor fiesta. En solo el dia primero que hice diligencia, me vine á hallar con mas deudos que deudas, y no lo encarezco poco. Que ninguno se afrenta de tener por pariente á un rico, aunque sea vicioso, y todos huyen del virtuoso, si hiede á pobre. La riqueza es como el fuego, que aunque asiste en lugar diferente, cuantos á él se acercan, se calientan, aun-

que no saquen brasa, y á mas fuego mas calor. ¿Cuántos vereis al calor de un rico, que si les preguntasen, qué haceis ahí, dirian: aquí no hago cosa de sustancia? ¿Puedan os alguna cosa, sacais algo de andarós hecho quita pelillo, congraciador asistente de noche y de dia, perdiendo el tiempo de ganar de comer en otra parte? Señor, es verdad que de aquí no saco provecho, pero véngome aquí al calor de la casa del señor N., como lo hacen otros. Los otros y vos, decime quién sois, que no quiero que os quejéis que os llamo yo necios.

Ahora bien; acercáronse muchos, cada cual ofreciéndose conforme al grado con que me tocaba, y tal persona hubo, que para obligarme y honrarse conmigo alegó vecindad antigua desde bisabuelos. Quisé por curiosidad saber quién sería el buen viejo que me hizo la burla pasada, y para hacerlo sin recelo ajeno, pregunté si mi padre habia tenido mas hermanos, y si dellos alguno estaba vivo, porque siempre creí ser aquel tío mio. Dijéronme que si, que habian sido tres, mi padre y otros dos, el de en medio era fallecido, empero que el mayor de todos era vivo y allí residía. Dijéronme ser un caballero que nunca se habia querido casar, muy rico y muy viejo, mas como pudo, con su bordon vino á visitarme, rodeado de algunos principales de mi linaje. Luego lo reconocí, aunque lo hallé algo decrepito por la mucha edad. Holguéme de verlo, y pesábame ya hallarlo tan viejo; quisiéramo mas mozo, para que le durara mas tiempo el dolor de los azotes. Yo hallo por disparate, cuando para vengarse uno de otro le quita la vida, pues acabando con él, acaba el sentimiento: cuando algo yo hubiera de hacer, solo fuera como lo hice con mis deudos, que no me olvidarán en cuanto vivan, y con aquel dolor irán á la tierra. Deseaba vengarme dél, y que por lo menos estuviera en el estado mismo en que lo dejé, para en el mismo pagarle la deuda en que tan sin causa ni razon se quiso meter conmigo. Hizome muchos ofrecimientos con su posada; empero aun en solo mentármela se me rebotaba la sangre; ya me parecia picarme los murciélagos, y que salian por debajo de la cama la marimanta y cachidiablos como los pasados. No, no; una fué, y llevóse la gato: ya dije, solo Sayavedra me podrá hacer otra, empero no por su bien; empero después dél á quien me hiciere la segunda, yo se la perdono.

Hablamos de muchas cosas; preguntóme si otra vez ó cuándo habia estado en Jénova. ¿Esas teneis, dije? Pues por ahí no me habeis de coger. Neguésele á pié juntillo; solo le dije que habria como tres años poco menos que habia por allí pasado sin poder ni quererme detener, mas de hacer noche, á causa de la mucha diligencia con que á Roma caminaba, en la pretension de cierto beneficio. Dijome luego con mucha pausa, como si me contara cosas de mucho gusto: sabed, sobrino, que habra como siete años, poco mas ó menos, que aquí llegó un mozuolo picarillo, al parecer ladrón ó su ayudante, que para poderme robar vino á mi casa, dando señas de mi hermano, que esté en gloria, y de vuestra madre, diciendo ser hijo suyo y mi sobrino: tal venia y tal sospechamos dél, que afrentados de su infamia, lo procuramos aventar de la ciudad, y así se hizo con la buena maña que para ello nos dimos. El salió de aquí huyendo como perro con vejiga, sin que mas lo viésemos, ni dél se supiese muerto ni vivo, como si se lo tragara la tierra. De la vuelta que le hice dar, me acuerdo que se dejó la cama toda llena de cera de trigo: ella fué tal como buena, para que con el miedo de otra peor huyese y uos dejase; y pues quería engañarnos, me huelgo de lo hecho. Ni á él se le olvidará en su vida el hospedaje, ni á mi me queda otro dolor que el haberme pesado de lo poco. Refirióme lo pasado con grande solem-

nidad, la traza que tuvo, cómo no lo quiso dar de cenar, y sobre todas estas desdichas lo mantieron. Yo, pobre, como fui quien lo habia padecido, pareció que de nuevo me volvieron á ello, abriéronse las carnes; como el muerto de herida, que brota sangrè fresca por ella, si el matador se pone presente. Y aun se me antojó que las colores del rostro hicieren sentimiento, quedando (de oírlo solamente) sin las naturales mias. Disimulé cuanto pude, dando filos á la navaja de mi venganza, no tanto ya por la hambre que della tenia por lo pasado, cuanto por la jactancia presente, que se gloriaba della; que tengo á mayor delito, y sin duda lo es, preciarse del mal que de haberlo hecho. Pudriendo estaba con esto, y dijele: «no puedo venir en conocimiento de quién puede haber sido ese muchacho, que tanto deseaba tener parientes honrados. En obligacion le quedamos (cuando acaso sea vivo, y escapase con la vida de la de Roncesvalles), que entre tanta nobleza nos escogió para honrarse de nosotros. Y si á mi puerta llegara otro semejante, lo procuraria favorecer hasta enterarme de toda la verdad; que casos hay en que aun los hombres de mucho valor escapan de manera, que aun de sí mismos van corridos; y ese rapaz, después de conocido, lo hiciera con él, segun él hubiera procedido consigo mismo; porque la pobreza no quita virtud ni la riqueza la pone: cuando no fuera tal, ni á mi propósito, procuraralo favorecer, y de secreto lo ausentara de mí, y cuando en todo rigor mi deudo no fuera, estimara su eleccion. — Andad, sobrino, dijo el viejo; como nunca lo vistes, decís eso; yo estoy contentísimo de haberlo castigado, y como digo me pesa, si dello no acabo, que no le di cumplida pena de su delito, pues tan desnudo y hecho harapos quiso hacerse de nuestro linaje. Pues que no trujo vestido de bodas, llévase lo que le dieron. — En ese mismo tiempo, dije, yo estaba con mi madre allá en Sevilla; y no son tres años cumplidos que la dejé. Naci solo, no tuvieren mis padres otro.» Aun aquí se me salió de la boca que tuve dos padres, y era medio de cada uno; mas volvílo á enmendar prosiguiendo: «dejóme de comer el mio, aunque no tanto que me alargue á demasias, ni tan poco, que bien regido me pudiera faltar. No me puedo preciar de rico, ni lamentar pobre. Demás que mi madre siempre ha sido mujer prudente, de gran gobierno, poco gastadora y gran casera.» Holgáronse de oírme los presentes, y no sabia en qué santuario ponerme ni cómo festejarme, ni se tenia por bueno el que no me daba su lado derecho, y entre dos el medio.

Entonces dije conmigo mismo entre mí: ¡oh vanidad, cómo corres tras los bien afortunados en cuanto goza de buen viento la vela, que si falta, harán en un momento mil mudanzas! ¡Y cómo conozco de veras que siempre son favorecidos aquellos todos, de quien se tiene alguna esperanza que por algun camino pueden ser de algun provecho! Y por la misma razon, ¿qué pocos ayudan á los necesitados, y cuántos acuden favoreciendo la parte del rico! Somos hijos de soberbia, lisonjeros; que si lo fuéramos de la amistad y caritativos, acudiéramos á lo contrario: pues nos consta que gusta Dios, que como propios cada uno sienta los trabajos de su prójimo, ayudándole siempre de la manera que quisiéramos en los nuestros hallar su favor. Yo era el idolo allí de mis parientes. Habia comprado de una almoneda una bajilla de plata, que me costó casi ochocientos ducados, no con otro fin que para hacer mejor mi herida: convidélos á todos un dia y á otros amigos, hice un espléndido banquete; acariciélos, jugamos, gané, y todo casi lo di de barato, y con esto los traia por los aires. ¡Quién les dijera entonces á su salvo: sepan, señores, que comen sus carnes; en el hato está el lobo; presente tienen el agraviado, de quien se sienten agraciados! Ah! Si le conociesen, y cómo le harian cruces á las esquinas para no doblárselas en su

vida, porque les va mullendo los colchones y haciendo la cama, donde tendrán mal sueño, y darán mas vueltas en el aire, que me hicieron dar á mi sobre la manta, con que se acordarán de mí, cuanto yo de ellos, que será por el tiempo de nuestras vidas. Ya mi dolor pasó, y el suyo se les va recentando. Si bien conociesen al que aquí está con piel de oveja, se les haria leon desatado; bien está, pues pagarme tienen lo poco en que me tuvieron, y lo que despreciaron su propia sangre.

Gran añagaza es un buen *coram vobis*, gallardo gastador, galán vestido, y don Juan de Guzmán; pues á fe que les hubiera sido de menos daño Guzmán de Alfarache con sus arrapiezos, que don Juan de Guzmán con sus gayaduras. Muchas caricias me hacen; mas como el estómago traia con vascas y revuelto, como á mujer preñada, con los antojos del deseo de mi venganza, que siempre la pensada es mala. Estudiábala muy de propósito, ensayándome muy de mi espacio en ella; y en este virtuoso ejercicio eran entonces mis nobles entretenimientos, para mejor poder después obrar; que fuera gran disparate haber hecho tanto preparamento sin propósito, y es inútil el poder cuando no se reduce al acto: paso á paso esperaba mi coyuntura, que cada cosa tiene su cuando, y no todo lo podemos ejecutar en todo tiempo. Que demás de haber horas menguadas, estrellas y planetas desgraciados, á quien se les ha de huir el mal olor de la boca, y guardarse el viento, para que no pongan al hombre adonde todos desean. Así aguardé mi ocasion, pasando todos los dias en festines, fiestas y contentos, ya por la marina, ya por jardines curiosísimos que hay en aquella ciudad; y visitando bellisimas damas. Quisiéronme casar mis deudos con mucha calidad y poco dote; no me atrevi por lo que habrás oido decir por allá, y huyendo de que á pocos dias habiamos de dar con los huevos en la ceniza, mostréme muy agradecido, no acetando ni repudiando para poderlos ir entreteniendo, y mejor engañando, hasta ver la mia encima del hito. Que cierto entonces con mayor facilidad se hiere de mazo, cuando el contrario tiene de la traicion menos cuidado, y de sí mayor seguridad.

CAPITULO VIII.

Deja robados Guzmán de Alfarache á su tío y deudos en Jénova, y embárcase para España en las galeras.

¶ Nunca debe la injuria despreciarse, ni el que injuria dormirse, que debajo de la tierra sale la venganza, que siempre acecha en lo mas escondido della. De donde no piensan suele saltar la liebre. No sé confien los poderosos en su poder, ni los valientes en sus fuerzas, que muda el tiempo los estados y trueca las cosas. Una pequeña piedra suele trastornar un carro grande; y cuando al ofensor le parezca tener mayor seguridad, entonces el ofendido halla mejor comodidad. La venganza, ya he dicho ser cobardia, la cual nace de ánimo flaco mujeril, á quien solamente compete. Y pues ya tengo referido de algunos y de muchos que han eternizado su nombre despreciándola, diré aquí un caso de una mujer que mostró bien serlo.

¶ Una señora moza, hermosa, rica y de noble linaje, quedó viuda de un caballero igual suyo, de sus mismas calidades. La cual, como sintiese discretamente los peligros á que su poca edad la dejaba dispuesta, cerca de la comuna y general murmuracion, que cada uno juzga de las cosas como quiere y se le antoja; y siendo solo un acto, suelen variar mil pareceres varios, y que no todas veces las lenguas hablan de lo cierto ni juzgan de la verdad, pareciéndole inconveniente poner sus prendas á juicio; y su honor en disputa, determinóse al menor daño, que fué casarse. Tratábanle dello dos caballeros iguales en pretender, empero desiguales en merecer. El uno muy de su gusto, segun deseaba, con quien ya casi estaba hecho, y el otro muy aborrecido y contrario á lo dicho; pues de-

más de no tener tanta calidad, tenia otros achaques para no ser admitido, aun de señora de muy menos prendas. Pues como con el primero se hubiese dado el sí de ambas las partes, que solo faltaba el efecto, viendo el segundo su esperanza perdida y rematada, su pretension sin remedio, y que ya se casaba la señora, tomó una traza luciferina, con perversos medios, para dar un asalto con que pasar adelante, y dejar el otro atrás. Acordó levantarse un dia de mañana, y habiendo acechado con secreto cuando se abriese la casa de la desposada, luego sin ser sentido, se metió en el portal, estándose por algun espacio detrás de la puerta, hasta parecerle que ya bullia la gente por la calle, y todas las mas casas estaban abiertas. Entonces, fingiendo salir de la casa, como si hubiera dormido aquella noche dentro della, se puso en medio del umbral de la puerta, la espada debajo del brazo, haciendo como que se componia el cuello, y acabando de abrocharse el sayo. De manera que cuantos pasaron y lo vieron creyeron por sin duda ser él ya el verdadero desposado y haber gozado á la dama. Cuando tuvo esto en buen punto, se fué poco á poco la calle adelante hasta su posada. Esto hizo dos veces, y dellas quedó tan público el negocio y tan infamada la señora, que ya no se hablaba de otra cosa, ni habia quien lo ignorase en todo el pueblo, admirados todos de tal inconstancia en haber despreciado el primer concierto de tales ventajas, y hecho eleccion del otro, que tan atrasado y con tanta razon lo estaba.

¶ Pues como se divulgase haberlo visto salir de aquella manera, medio desnudo, cuando llegó á noticia del primero, tanto lo sintió, tanto enojo recibió, y su cólera fué tanta, que si amaba tiernamente, deseándola por su esposa, cruelmente aborreció huyéndola. Y no solo á ella, mas á todas las mujeres, pareciéndole, que pues la que estimó en tanto, teniéndola por tan buena, casta y recogida, hizo una cosa tan fea, que habria muy pocas de quien fiarse, y seria ventura si acertase con una. Consideró sus inconstancias, prolijidades y pasiones, y juntamente los peligros, trabajos y cuidados en que ponian á los hombres: fué pasando con este discurso en otros adelante, que favorecidos del cielo, hicieron que trocadero el amor de la criatura en su Criador, se determinase á ser fraile, y así lo puso en obra, entrándose luego en religion. Cuando á noticia de la señora llegó este hecho, y la ocasion por lo que se decia en el pueblo, y que ya no era en algun modo poderosa para quitar de su honor un borron tan feo; sintiólo como mujer tan perdida, que tanto perdió junto, honra, marido, hacienda y gusto, sin esperar lo ya mas tener por aquel camino ni su semejanza, sin poder jamás cobrarse. Fué fabricando con el pensamiento la traza con que poder mejor salvar su inocencia ejemplarmente. Pareciéndole y considerándose tan rematada como su honestidad, y que de otro modo que por aquel camino era imposible cobrarlo, pagando una semejante alevosia con otra menos y mas cruel. Revisiósele con ira tan infernal, y fuéle creciendo tanto, que nunca pensó en otra cosa sino en cómo ponerlo en efecto. Librenos Dios de venganzas de mujeres agraviadas, que siempre suelen ser tales, cuales aqui vemos esta presente.

¶ Lo que primero hizo fué tratar de meterse monja (que aun si aquí parara, hubiera mejor corrido), y dando parte de sus trabajos y pensamiento á otra muy grande amiga suya del propio monasterio, lo efectuó con mucho secreto. Luego fué recogiendo dentro del convento todo el principal homenaje de su casa, joyas y dineros, alegrándole por contratos públicos lo, mas de su hacienda. Esto hecho, estuvo esperando, que se le volviese á tratar del casamiento de aquel caballero su enemigo, el cual á pocos dias volvió á ello, dando por disculpa el amor grande que le tenia, por cuya causa, desesperado, usó de aquellos medios, para poder conseguir lo que tanto deseaba. Mas, pues conocia su culpa, y haber sido causa del yerro, queria soldar la quiebra, ofreciéndose por su ma-